

UN POETA RIBAGORZANO: CLETO TORRODELLAS ESPAÑOL

Escurdiñad la lengua, porque la lengua lleva, a presión de atmósferas seculares, el sedimento de los siglos, el más rico aluvión del espíritu colectivo; escurdiñad la lengua.

MIGUEL DE UNAMUNO

HONRAMOS con las páginas que siguen al hombre sencillo y bueno, «poeta silvestre del Altoaragón», con cuyos versos queremos hacer constancia también de la hidalguía que, a la par que esta lengua cadenciosa, heredamos de nuestros abuelos.

Aparece, por primera vez, en público, una selección de romances de Cleto Torrodellas Español *, natural de Estadilla, provincia de Huesca, en Ribagorza, escritos—en medio de este complejo dialectal—«en estilo ribagorzano», habla característica de este pedazo de Aragón lindante con Cataluña. La lengua de esta comarca—escribe el ilustre catedrático doctor Castro y Calvo ¹—es un mosaico de dialectos, a cual más curioso, cuyas variaciones pueden señalarse desde la lengua vernácula de Cataluña hasta los matices fuertemente arcaizantes de los valles de Benasque, Echo y Ansó, de donde fluyen, como las aguas de sus torrentes claros y azulados, a las llanuras bajas.

Presentan un señalado interés folklórico y lingüístico estos poemas, ya que, siendo las palabras unos posos de la historia, constituyen un fiel reflejo del hablar y del vivir de los nobles y modestos campesinos en la comarca del límite inferior de Ribagorza.

Pretendemos con esta recopilación, cuidados sus modismos y grafías con el mayor escrúpulo, recoger, como en pequeño ejemplario, los

* Esperamos, Dios mediante, ir publicando esta selección de romances en sucesivos números de ARGENSOLA.

rasgos de un dialecto del mayor interés en trance de castellanización. Reducido el ámbito del aragonés a las zonas más septentrionales y montañosas, tiende, como tantos otros, a la total desaparición frente al impulso vigoroso del idioma castellano.

De la obra de Cleto Torrodellas, totalmente inédita, nos hemos ocupado en sendos artículos periodísticos o de revista: don Pablo Cistué de Castro, distinguido escritor y poeta, que fue quien primero apreció las cualidades poéticas de Cleto; don Luis María de Ariag; don Luis Mur, profesor del Instituto de Huesca, en comentario publicado en la revista «Aragón»², y el que suscribe estas notas, en el diario «Heraldo de Aragón», de Zaragoza³.

Cleto—cuya larga vida transcurrió, casi sin interrupción, en la villa de Estadilla, desde el último tercio del pasado siglo hasta la última guerra civil—era poeta eminentemente popular. Como los antiguos juglares, gusta en sus versos de dirigirse al pueblo, que le escucha. Aprovecha cualquier circunstancia para improvisar un romance que, por lo exacto y veraz en la interpretación de unos sentimientos que vibraban al unísono con los suyos, eran celebrados con el regocijo y aplauso de todos sus convecinos. El componía estrofas a san Lorenzo y a la virgen de la Carrodilla; y escribía las jotas, dirigidas a la novia, que habían de cantar los mozos en la ronda. Celoso de conservar nuestras bellas tradiciones, no es difícil encontrar en sus escritos estrofas como estas, en las que añora costumbres populares, ya perdidas:

No veigo en la procesión
aquels homes de calzón,
ni aquellas mozas bizarras,
que lluciban el mantón.

Hasta las campanas
sonaban más cllaro,
u ñ'heba más fuerza
u el cobre e más malo.

Apreciamos que algunos romances (léase el cuento titulado *El retratista en la aldea*) tienen la grata fragancia y conservan ciertos resabios de las canciones, trovas y cantares del marqués de Santillana. Sinceramente creemos que la salvación de la poesía moderna, adulterada, en muchos casos, por la erudición, está en la vuelta a lo primitivo por la intervención del elemento popular. El realismo de las composiciones de Cleto

es el del «Mío Cid» y el de nuestros antiguos romances; la penetración y la verdad de sus impresiones subjetivas es la de las coplas populares españolas.

Vemos que la temática de sus versos no se aparta de las cuestiones que interesan a todo el pueblo; su poesía es, pues, estrictamente popular.

Se ha de advertir que Cleto Torrodellas era un devoto juglar de sus poemas, que recitaba con emoción en las tertulias de las casas nobles, como nos recordaba el recital habido en la suya, el malogrado don Francisco de Otal, barón de Valdeolivos.

Compuso Cleto su autobiografía en correcto castellano, que no transcribimos en gracia al espacio reducido de que disponemos. En ella vemos desenvolverse su vida entre contrariedades, privaciones y amarguras, solamente suavizadas por la bondad natural de su carácter y su ánimo pronto para desahogar sus penas, improvisando unas rimas espontáneas y flúidas, exentas de toda afectación. Y hasta tiene frases de aliento para los humildes labradores de Estadilla, que «van pe'l mundo arrastraus», sin tener humana compensación a sus trabajos, arrastrando una existencia tan penosa como la suya.

Dedicado a los más varios trabajos—forjador, tendero, hostelero, labrador—y sin poseer otros principios que los que pudo adquirir en la escuela lugareña, tienen algunas de sus composiciones—en ocasiones, con toda su imperfección—deducciones de la más sana filosofía popular.

Salta a la vista (y no debemos insistir) que esta edición de sus versos, tanto por su fondo como por su forma, tiene un carácter popular y de vulgarización, por lo que hemos dado de lado a consideraciones filológicas y lingüísticas, que escapan a nuestro intento. Acaso en fecha próxima daremos a la estampa los romances completos de Cleto, con la equivalencia de voces en castellano para los profanos, y estudio de la diferenciación dialectal del ribagorzano.

Ha sido doble, pues, nuestro propósito al recoger estos versos: ofrecer a los eruditos, con el fin de sacudir la inercia que pesa sobre estos temas, un botón de muestra de tantos valores como, por negligencia nuestra, continúan anónimos y dispersos; y presentar alguna forma peculiar de un dialecto notable en vías de desaparición. Y si, al final, sucumbe (como fatalmente esperamos) ante la presión del castellano, les quedará este recuerdo a nuestros nietos que, a la vista de estos romances, reconstruirán, en sus veladas de hogar, aquellas frases de amor, que los abuelos dirigíamos a las «yayas», y aquellas otras con

que celebrábamos las ocurrencias de Cleto, o ejercíamos nuestra vida de relación; porque, ya escribía Cristino Gasós al autor de estos romances:

...la gloria consiste en eso,
según yo creo,
en que se acuerden de uno
después de muerto.

ANTONIO QUINTILLA SARRADELL

1. *Entre dos crepúsculos*, novela (Barcelona, Ediciones Reguera (EMSA), 1948).
2. Véase el número correspondiente al mes de febrero de 1936.
3. En el trabajo *El alma de una región*, aparecido el día 6 de diciembre de 1951.